



## GRATITUD Y HOMENAJE AL MARQUÉS DE LOZOYA

Días pasados TVE hizo un reportaje en casa del Marqués de Lozoya, en el curso del cual habló de la llamada "Arquitectura menor", esto es, de aquellos edificios de noble traza que acompañan, con gran dignidad, a los grandes monumentos y que contribuyen a dar categoría a las ciudades.

Por otra parte es evidente que el Estado no puede, físicamente, atender a la costosísima conservación de estas edificaciones, pero sí puede ayudar a los particulares que quieren conservarlas, no dándoles nada, pero sí suprimiéndoles cargas fiscales.

Es esta cuestión que nos ha preocupado siempre y en cuantas ocasiones hemos tenido oportunidad hemos procurado colaborar. No es, pues, de extrañar que, al ver que el marqués trataba del tema, le pidiéramos un artículo para ARQUITECTURA. Artículo que nos mandó inmediatamente y que aquí se publica.

Como muy modesto homenaje queremos expresar aquí nuestra admiración hacia este español insigne que viene dedicando su larga y fructífera vida a la defensa del arte de España en toda ocasión y con todo motivo. Con una inteligencia, con una finura, con una preparación, con unos desvelos tan ejemplares que le hacen acreedor al más sincero y fervoroso agradecimiento de todos los españoles.

C. M.

Este espléndido palacio segoviano está, ya se ve, en ruina. Hay un propietario que, de su propio peculio, intenta restaurarlo y hay un arquitecto de muy gran sensibilidad, Joaquín Vaquero, que dirige estas obras lo que es garantía de que van a hacerse muy bien. No estaría nada mal que el Estado, atendiendo a tan nobles esfuerzos, ayudara dejando al edificio libre de impuestos.

## EL PROBLEMA DE LOS CASERONES PROVINCIANOS

En las viejas ciudades esparcidas por toda España, está quizá su mayor encanto. Son concentraciones de historia y de arte, dentro, acaso, de un recinto murado, coronadas muchas veces por las ruinas de un castillo, donde los edificios de todas las épocas se han agrupado componiendo maravillosas escenografías. Todo en ellas tiene alma, en cada uno de sus elementos está la huella de vidas humanas, con sus alegrías y sus penas, con sus glorias y sus desventuras. Nada tan grato como el deambular al ocaso por sus plazas o por sus calles o contemplar su conjunto desde algún alcor del contorno. Constantemente nuevos hallazgos; la sorpresa de un punto de vista inédito. Todas estas ciudades, estas villas de bellos nombres tuvieron importancia en algún período histórico; todas ellas eran cabeza de una comarca poblada de aldeas cuyos habitantes acudían al recinto urbano, situado casi siempre en una altura, dominando los sotos de un río, como una acrópolis, buscando el santuario de la máxima devoción o el mercado donde cambiar los productos del campo por los de los obradores ciudadanos. En caso —de una invasión o de una guerra—, los aldeanos acudían, con sus enseres y sus ganados, a refugiarse detrás de las murallas, bajo la protección del castillo. Algunos de estos conjuntos urbanos son hoy capitales de provincia y conservan su jurisdicción sobre una comarca. Otros han perdido esta posición oficial de primacía, pero conservan, respecto a las aldeas su condición de santuario, mercado y fortaleza. Estas son las que guardan con mayor integridad los testimonios de su historia.

De estas villas y de estas ciudades está esmaltada toda la geografía española, desde Finisterre a Almería, desde Gerona hasta el estuario del Guadiana. Las hay bellísimas aún en nuestras provincias insulares: Alcudia, Ciudadela e Ibiza en las Baleares; La Vegueta, La Laguna, Santa Cruz de la Palma en Canarias. Naturalmente, se refleja en ellas la diversidad de las comarcas en que están enclavadas. Entre Betanzos y

Orihuela: entre Estella y Arcos de la Frontera ha de haber radicales diferencias, pero en el fondo de todas ellas encontraremos algo de común. Toda la Historia de España está determinada por dos verdades —dos constantes, diría el maestro Eugenio d'Ors— la diversidad comarcal y la unidad esencial. El mismo espíritu prevalece en los estamentos sociales de ciudades y villas situadas en ambientes que parecen contrapuestos. Aun cuando en nuestros paseos escuchemos el euskaro o el gallego, el catalán, el castellano puro o el matizado por desinencias andaluzas, en el fondo late el espíritu hispánicos que motiva, en el fondo del alma española una idéntica reacción ante la vida.

Los viejos conjuntos urbanos son el mayor tesoro de España, pero este tesoro es de muy difícil conservación. Por pequeña que sea una ciudad es un organismo vivo, que tiende a crecer o a modificarse. Es fácil aislar una catedral o un castillo, pero los encargados de la custodia de una de estas ciudades o villas históricas se encuentran a cada paso con gravísimos problemas: el conflicto entre la aspiración, muchas veces justificada, de los vecinos, de mejorar su economía o sus condiciones de vida y la necesidad de mantener intangibles barrios, calles o plazas que forman parte del más preciado patrimonio nacional. No importa el que los monumentos se preserven cuidadosamente si se altera su contorno. Ortega y Gasset dijo que el hombre es el hombre y su circunstancia, nosotros podríamos decir que una catedral o un palacio sólo mantendrán su capacidad de goce estético si es propicio el ambiente que nos rodea.

Hasta el 1900 salvó la integridad de las viejas ciudades españolas su propia pobreza: la mezquindad de su vida, la absoluta carencia de medios materiales obligaba a conservar, por medio de chapuzas, lo existente, que no se podía sustituir. El peligro consistía entonces en lo que se derrumbaba por abandono o se derribaba por la piqueta municipal.